

---

# RECENSIONES



---

Leo SCHEFFCZYK, *El mundo de la fe católica. Verdad y forma*, Madrid: Cristiandad, 2015, 362 pp., 17 x 22,5, ISBN 978-84-7057-608-9.

Tras unas oportunas palabras de presentación de Benedicto XVI y un retrato biográfico-teológico trazado por Johannes Nebel, el autor desvela el propósito de su obra: «He estudiado mucho durante toda mi vida. No sólo me he ocupado de la fe de la Iglesia sino también de otras muchas corrientes, escuelas de pensamiento y filosofías, llegando siempre a la conclusión de que el pensamiento católico no tiene rival. Por eso es muy importante para mí seguir transmitiendo y defendiendo el catolicismo. No hay alternativa» (pp. 26-27). Lo que nos presenta en estas páginas el doctor *honoris causa* por la Universidad de Navarra es por tanto una esencia del catolicismo, visto éste siempre como la plenitud del cristianismo. El diálogo con las instancias luteranas resulta una condición irrenunciable del ámbito centroeuropeo en el que se mueve nuestro autor, por lo que la confrontación con estas ideas teológicas resulta de gran utilidad y proporciona a este trabajo, por otra parte, especial profundidad. Le otorga además una especial utilidad para el diálogo ecuménico con las comunidades eclesiales surgidas a partir de la Reforma protestante.

El intento de Scheffczyk constituye una abierta negación del liberalismo teológico o –en términos de Benedicto XVI, como él mismo afirma– de la «dictadura del relativismo». El texto con el que se enfrenta el lector es un texto difícil, en continuo diálogo con la *Weltanschauung* en lengua alemana, pero que a la vez constituye para él una utilísima fuente de información. La decisión y la valentía de Scheffczyk para someter a crítica lo políticamente correcto queda también fuera de dudas. Frente al principio del *aut-aut* con el que se suele caracterizar el pensamiento protestante, nuestro teólogo propone el de la analogía de la fe, resumido con el lema *et-et*, y que incluye la condición del *Deus semper maior*. Frente a un pensamiento polar resumido en los *mottos* protestantes del *solus Christus*, *sola Scriptura*, *sola gratia* y *sola fides*, el teólogo de Breslau propone un pensamiento elíptico, en torno a dos polos (nunca uno centralista o meramente circular, en torno a un solo centro). El equilibrio es mayor, pero también su dificultad de comprensión; por eso propone el principio del misterio, que supera a la paradoja sin más, tal como sostenían Pascal o Kierkegaard, por ejemplo. O tal vez, mejor dicho, integra la paradoja en el misterio, evitando así la dialéctica de la polaridad unilateral.

Estas páginas resultan especialmente esclarecedoras para entender lo que Scheffczyk denomina la esencia de lo católico, decíamos. Con todo esto el teólogo alemán mantiene el principio del contraste frente a la dialéctica, que él llama *complexio oppositorum* como síntesis de contrarios, pero en clave decididamente antihegeliana. *Analogía versus dialéctica*, en definitiva, vendría a ser el principio rector de esta exposición del cristianismo en plenitud, tal como se explica a lo largo de las páginas de este eruditísimo ensayo. Así, por ejemplo, consigue resolver –en la medida en que nos lo permite el misterio– las dicotomías entre el elemento humano y el divino en Jesucristo y en el cristianismo, llegando así a la resolución de los binomios habituales de Dios y el mundo, creación y redención, el Jesús histórico y el Cristo de la fe, encarnación y cruz; Cristo, el Espíritu y la Iglesia; Escritura y tradición; gracia, naturaleza y libertad; y, en fin, fe, obras y razón. Este tipo de dialécticas, a las que estamos tan acostumbrados, no deja de ser –en opinión de Scheffczyk– un reduccionismo del verdadero contenido de la revelación cristiana, que es capaz de resolver de modo armónico la tensión siempre existente entre fe y racionalidad. También esta disolución de la dialéctica permite resolver contraposiciones en un orden eclesiológico más práctico, como pueden ser la Iglesia entendida como misterio y sacramento, donde desempeñan un papel importante carisma y jerarquía, Cristo y los santos, María y la Iglesia o episcopado y primado.

De esta forma la propuesta radical (en sentido de referencia al origen, a la raíz) de nuestro teólogo le concede a su teología un carácter integrador y elevante, más dialógico que dialéctico. La Iglesia es católica porque Dios es católico, llega a afirmar: capaz de unir lo divino que procede de la eternidad con la humanidad y la temporalidad que han sido asumidas en el tiempo, por medio del misterio de la encarnación. Consecuencia del anterior principio teándrico sería la «estructura sacramental» de toda la existencia cristiana (pp. 158-182) y el «elemento divino-humano» (pp. 182-190), que rehúye todo posible espiritualismo. A su vez, define de modo positivo el concepto de dogma (junto con el ya mencionado de misterio, del cual constituye su expresión en términos humanamente comprensibles), donde aquél queda subordinado lógicamente a la Escritura, pero que supone –como decíamos– una expresión de las verdades reveladas por el Verbo. Si la Revelación sería la palabra de Dios expresada con palabras humanas y como consecuencia directa de la *theologia incarnationis*, también las verdades reveladas contendrán un elemento humano-lingüístico, que no por ello podrían desvirtuar su verdadero contenido, sino

que –por el contrario– podrán expresarlo del modo más humanamente exacto. En fin, la pluralidad de dogmas será capaz de expresar del mejor modo posible la única verdad contenida en la persona del Logos encarnado, muerto y resucitado, como si se trataran de las distintas facetas que aparecen en una piedra preciosa.

De esta forma, y volviendo sobre los principios que vertebran esta visión católica del cristianismo, se presentan como complementarias las cristologías ascendente y descendente, el Jesús histórico y el Cristo de la fe en una suerte de neocalcedonianismo, donde las nociones de naturaleza y persona reivindicaban su propio espacio, si bien entendidas de modo dinámico, como siempre resulta toda realidad en Dios. Esto significa, en la persona de Jesús, que la dinámica divina actúa en su humanidad, encontrando esencialmente en la realidad divina su consistencia y existencia, también en cuanto verdadero hombre. El principio originario del Logos resulta de este modo un principio incontrovertible, que va a estructurar toda posible cristología; de toda ella, a su vez, van a derivarse toda una serie de consecuencias dogmáticas. En cualquier caso, Scheffczyk propone como «topos teológico» y como «clave del misterio» la resurrección de Cristo: sólo la fe en ella puede ver de forma anticipada, en el Resucitado, todo aquello que ocurrirá al final de los tiempos, la transfiguración del cuerpo y el cumplimiento definitivo junto al Padre.

Yendo pues ya a los corolarios de esta exposición católica, Scheffczyk recuerda el concepto de la Iglesia como sacramento, promulgado por el concilio Vaticano II, donde una visión organicista –derivada de la eclesiología paulina– supera toda posible perspectiva belarminiana. A su vez, al mismo tiempo que se distingue netamente entre Cristo y la Iglesia, expone la complementariedad de las imágenes de la Iglesia como pueblo de Dios y cuerpo de Cristo; de aquí se desprende a su vez la comprensión de la Eucaristía como «concreción del misterio de la vida de la Iglesia», en el que se contiene a su vez ese elemento teándrico. Establece así de modo muy sugerente la presencia eucarística como fundamentación de la eclesiología eucarística, que tal vez abre camino y permite ulteriores interpretaciones. En esta misma línea, la figura de María es presentada como un desarrollo del misterio de Cristo, sin olvidar su íntima relación con la Iglesia expuesta en el último capítulo de la constitución dogmática del Vaticano II *Lumen gentium*. La Iglesia es así también vista como mujer y madre, a la vez que es recordado como clave interpretativa de todos los dogmas marianos el de la virginidad perpetua de María, consecuencia a su vez de su maternidad divina.

En fin, el profesor de Múnich recuerda la unidad no sólo entre Cristo y la Iglesia, sino también –en el orden de la praxis– entre fe y vida, naturaleza y gracia, amor a Dios y al prójimo. También aquí rige el principio del *et-et*. De esta manera, es mantenida de modo claro la necesidad de la eclesialidad de la fe como garantía frente a los bandazos que pueden dar las distintas perspectivas individuales. En este orden de cosas, y llegando ya a las conclusiones, Scheffczyk sostiene cómo el cristiano ha de alcanzar –en la práctica– una resolución de dilemas no sólo como fe y vida, sino también conciliando realidades como contemplación y acción, oración y trabajo, mundo y santificación (Marta y María, en definitiva), que a su vez deberá mantener sus oportunas prioridades. Será alcanzada así la necesaria transformación de las realidades terrenas, que se realizará de modo pleno en el *eskatathon*. Para eso es requerida –a la hora de resolver las situaciones prácticas– una unidad y prioridad entre *logos* y *ethos*, entre ortodoxia y ortopraxis, a la vez que el culto se presenta como el mejor garante para mantener tal integridad y prioridad. Serán así, por ejemplo, vencidas las visiones incompletas de una moral autónoma o de la disolución de la fe en el mundo. «Una reforma de la Iglesia que no busque y logre una profundización de la fe será una deformidad que más tarde o más temprano conduciría a la alienación total con el espíritu de los tiempos y a una capitulación espiritual» (p. 362), concluye Scheffczyk.

Pablo BLANCO

---

**Robert SARAH**, *Dios o nada. Entrevista sobre la fe con Nicolas Diat*, 3 ed. Madrid: Palabra («Mundo y cristianismo»), 2016, 352 pp., 14 x 21, ISBN 978-84-9061-305-4.

*Dieu ou rien: entretien sur la foi* es el título original de este libro-entrevista del Cardenal guineano –de Guinea Conakri– Robert Sarah, nombrado por el papa Francisco Prefecto de la Congregación para el Culto divino y la disciplina de los sacramentos. Por su carácter significativo –y aunque son muchos los discursos y mensajes que ha realizado a lo largo de su vida– este libro puede considerarse la *primera obra* del Cardenal Sarah. Salió a la luz a comienzos de 2015 en la editorial francesa Fayard y en pocos meses ha tenido una sobresaliente difusión. Ha sido traducido al inglés, castellano, alemán e italiano, y ha